

beza á la gente que andaba por el muelle. Algunos le reconocían y pronunciaban el nombre de Astier-Rehu. A la puerta de sus tiendas, los libreros, los vendedores de estampas y objetos curiosos, acostumbrados á verle pasar á horas fijas, le saludaban con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Freydet, mire usted.

El maestro le enseñó el palacio Mazarino, al cual llegaban.

—Ahí está mi Instituto, tal como se me presentaba desde mi edad temprana, grabado en las cubiertas de las ediciones de Didot. Entonces me dije: «Yo entraré;» y al fin he entrado. Ahora le toca á usted, mi buen amigo. ¡Adiós! ¡hasta luego!

Penetró con paso vivo por la puerta de la izquierda de la entrada principal, cruzando una serie de grandes patios empedrados, majestuosos, llenos de silencio, en los que su sombra se agrandaba.

Desapareció, y Freydet siguió mirando, inmóvil, sobrecogido; y en su cara franca y llena, en sus ojos dulces y redondos, había la misma expresión que en los hocicos de los hombres-

perros que más abajo, esperaban el rancho junto al cuartel.

En adelante, al mirar al Instituto, su cara siempre había de tomar aquella misma expresión.

## V

Comida de gala en el hotel Padovani, seguida de recepción íntima. El gran duque Leopoldo, en la mesa de «su perfecta amiga,» recibe á algunos individuos escogidos de las diferentes secciones del Instituto, correspondiendo así á la acogida de las cinco Academias y á los golpes de incensario de su director.

El mundo diplomático está ventajosamente representado, como sucede siempre en casa de los ex-embajadores; pero el Instituto está en mayoría, y hasta el lugar señalado á los convidados da idea de lo que es el banquete.

El Gran Duque, sentado enfrente de la señora de la casa, tiene á su derecha á la señora Astier, y á su izquierda á la condesa Foder, esposa del primer secretario de la Embajada finlandesa, que hoy hace las veces del embaja-

dor. Ocupa la derecha de la Duquesa, Leonardo Astier, y la izquierda, Monseñor Adriani, Nuncio del Papa. En los demás sitios están el barón Huchenard, por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras; Murad-Bey, embajador de Turquía; por la Academia de Ciencias, el químico Delpech, luego el ministro de Bélgica, el músico Landry, por la Academia de Bellas Artes; Danjou, autor dramático, uno de los que Picheral llama los comediantes, y, finalmente, el príncipe de Athis, que por su doble carácter de ministro plenipotenciario y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, da el tono á los dos grupos del salón. En los extremos de la mesa el General ayudante de S. A., el joven guardia noble, conde de Adriano, sobrino del Nuncio, y el indispensable Gavaux, el hombre de todas las fiestas. La parte femenina es un tanto aburrida. La condesa Foder, chiquitina, roja y viva, llena de encajes que le llegan hasta la nariz pequeña y puntiaguda, parece una zorra resfriada. La baronesa Huchenard, bigotuda, de edad indefinida, parece un hombre grueso, escotado. La señora Astier, con un traje de terciopelo poco escotado, rega-

lo de la Duquesa, se priva, en obsequio á su querida Antonia, del gusto que tendría en enseñar sus brazos, sus hombros, y lo poco que todavía le queda; y gracias á esta atención, la duquesa Padovani parece la única mujer de la mesa.

Alta, blanca, con su traje hecho por el modisto Fulañez, cabeza pequeña en que brillan sus dos hermosos ojos dorados, orgullosos y móviles, ojos de bondad, de cólera y de ternura, bajo negras cejas casi juntas; nariz corta, la boca voluptuosa y violenta, y la tez de mujer de treinta años, que debe á su costumbre de dormir la siesta el día que recibe por la noche ó va á reuniones. Como ha vivido mucho tiempo fuera, de embajadora en Viena, San Petersburgo y Constantinopla, y está acostumbrada á dar el tono de la moda francesa, conserva en su aire algo de doctoral y de pretencioso, que los parisienses le censuran por su tendencia á hablarlas como si fuesen extranjeras, y á explicarles lo que conocen tan bien como ella misma. Parece que la Duquesa sigue representando á París entre los kurdos: es el único defecto de tan noble y radiante persona.

A pesar de la casi total ausencia de mujeres,

de esos vestidos claros enseñando brazos y espaldas, que rompen de un modo tan agradable la monotonía del frac, entre brillantes y flores, la mesa, como suprema diversión de los ojos, tiene la sotana morada del Nuncio, con ancha faja de moaré, el birrete púrpura de Murad-Bey, la roja túnica con cuello de oro del guardia noble, con el pecho lleno de galones, donde luce enorme cruz de la Legión de Honor, que el joven italiano recibió aquella misma mañana del Elíseo, que ha creído así deber recompensar la feliz misión del portador del capelo. Además de esto, aquí y allá, las manchas verdes, rojas ó azules de las bandas, la plata mate ó las estrellas de diamantes de las placas y de las cruces...

Son las diez, y la comida acaba sin que se haya arrugado una flor de las que adornan la mesa al lado de los cubiertos y de los platos de postre, ni suene palabra más animada que otra, ó se advierta un gesto un tanto vivo. Y sin embargo, la cocina del hotel Padovani es buena: es una de las pocas mesas de París donde hay todavía vino. Se ve que hay algún *gourmet* en la casa, que no es la Duquesa, verdadera mujer de mundo francesa, que encuentra buena la

comida siempre que el vestido que lleva la siente bien y el servicio sea decorativo y florido; sino el amigo de la señora, el príncipe de Athis, de gusto refinado, cuyo estómago frío, destrozado por las cocinas de los clubs, no se alimenta exclusivamente de vajilla fina ó de la vista de los criados con las libreas de gala y pantorrillas blancas irreprochables. En obsequio suyo, ha cuidado la bella Antonia del *menu*; y para él son los grandes platos adornados y los rojos vinos de excelentes marcas, que, á decir verdad, hoy no han calentado gran cosa la mesa.

La misma pesadez y la misma reserva en los postres que en la sopa: apenas se nota algún color en las mejillas ó en la nariz de las mujeres. Una especie de comida de muñecas de cera, oficial y majestuosa con una majestad debida principalmente á la altura del techo y á las sillas muy apartadas, suprimiendo la intimidad del tacto de codos. Hace un frío negro, profundo, frialdad de pozó, que circula entre los convidados, á pesar de la libre noche de Junio, cuyo aliento sube de los jardines por entre las persianas é hincha suavemente los transparentes de seda. Se habla como de lo alto, ó de le-

jos, con la punta de los labios, con sonrisa fija y como estereotipada, y entre las cosas que se dicen, no hay una que no sea una mentira. Las frases resulta enmascaradas, como las fisonomías: si alguien en aquel momento descubriese su pensamiento, ¡qué pánico en el grupo!

El Gran Duque, con su ancha cara entre dos negras patillas cortadas en forma de chuleta, cabeza de soberano para *Ilustraciones*, en tanto pregunta al barón Huchenard qué hay de su último libro, piensa:

— ¡Dios mío! ¡Cómo me aburre ese sabio! ¡Cuánto mejor estaría en el baile *Roxelane*; viendo á esa chiquilla Dea, que tanto me gusta! Dicen que está ahí el autor de *Roxelane*; pero es un señor muy feo y muy triste. ¡Ah! ¡Quién me diese ver las piernas y los brazos de mi Dea!

El Nuncio, con su gran nariz y sus labios finos, espiritual figura romana, ojos negros en una tez biliosa, escucha también, inclinado á un lado, al historiador de la habitación humana, y mirando sus uñas relucientes como conchas, piensa:

—El *misto frito* que esta mañana he comido en la Nunciatura, lo tengo todavía en el estómago. Gioachimo me ha apretado demasiado la faja. Quisiera haberme levantado de la mesa.

El embajador de Turquía, gordo, amarillo, embrutecido, su fez hasta los ojos, da de beber á la baronesa Huchenard, mientras se dice:

—Estos perros cristianos son abominables con llevar á sus mujeres al gran mundo en tal estado de descomposición. ¡Que me empalen antes de dejar que alguien suponga que esa señora gruesa ha dormido conmigo!

Mientras que á través de la sonrisa coquetona de la baronesa dando gracias á Su Excelencia, hay este pensamiento:

—Este turco infecto me da asco.

Lo que en voz alta dice la señora Astier, tampoco tiene nada que ver con su preocupación interna:

— ¡Con tal que Pablo no se haya olvidado de ir á buscar al abuelito! Será de buen efecto ver entrar al viejo apoyándose en el brazo de su bisnieto: y si de paso pudiéramos sacar algún encargo á S. A...

Y luego, mirando con ternura á la Duquesa, seguía pensando:

—Está hermosa esta noche: debe tener buenas noticias de su embajador. Aprovéchate, hija. Samy se habrá casado antes de un mes.

La señora Astier no se engañaba: al llegar el Gran Duque, había anunciado á su «perfecta amiga» que en el Elíseo le habían dado palabra, para dentro de algunos días, á favor de Athis.

La Duquesa está contenta, con alegría mal contenida, que parece como que la ilumina con brillo extraordinario. Esto es lo que ella ha hecho del hombre amado, á esto le ha llevado.

Y ya está proyectando su instalación personal en San Petersburgo, un hotel en la Perspectiva, no lejos de la Embajada, en tanto que el Príncipe, lívido, la mejilla arrugada, vaga la mirada—la mirada cuyo brillo Bismark no ha resistido—ahogando en sus labios desdeñosos la doble sonrisa sibilítica y dogmática de la Carrera y de la Academia, dice para sí:

—Ahora es preciso que Colita se decida; que vaya á Rusia; nos casamos en la capilla de los pajes, y la cosa ya no tendrá remedio cuando llegue á oídos de la Duquesa.

Y de un invitado á otro, mil pensamientos disparatados, extravagantes, irracionales, circulan bajo el mismo sobre engomado: la tranquila satisfacción de Leonardo Astier, que aquella misma mañana ha recibido la Orden de San Estanislao de segunda clase, á cambio del obsequio hecho á Su Alteza de un ejemplar de su discurso con el autógrafo de Catalina la Grande, pegado con alfileres en la primera página, además de la cita ingeniosamente hecha en el texto. La carta que obtuvo el honor de ser leída en la sesión, llena las columnas de los periódicos hace dos días, y corre por toda Europa, repercutiendo el nombre de Astier, su colección y su obra, en uno de esos ensordecedores y desproporcionados ecos de montaña que la multiplicidad de los periódicos da á todos los sucesos contemporáneos. Que trate ahora el barón Huchenard de roer, morder ó balbucear con su tono dulzón:

—Llamo la atención de mi distinguido colega...

Ahora no le harán caso. ¡Y qué bien sabe eso al príncipe de los coleccionadores de autógrafos, y qué mirada rabiosa dirige al distinguido

colega entre dos frases, y cuánto veneno descubre en su larga cara biselada, porosa como corchol

El pulcro Danjou rabia aparte también, pero por otro motivo: la Duquesa no ha invitado á su mujer, exclusión que le hiere en su amor propio de marido, hígado especial más sensible que el otro; y á pesar de su deseo de brillar ante el Gran Duque, y de la provisión de frases que llevaba, casi inéditas, ni una sale de su garganta.

Otro que sonríe hipócritamente es el químico Delpech, á quien Su Alteza, cuando las presentaciones, ha felicitado por sus trabajos sobre los caracteres cuneiformes, confundiéndole con su colega de la Academia de Inscripciones.

Hay que advertir que, excepto Danjou, cuyas comedias son populares en el extranjero, el Gran Duque nunca había oído hablar de las celebridades académicas que asistían á la comida. Por la mañana Gavaux había redactado una serie de *menus* con el nombre de cada convidado y el catálogo de sus obras principales; y que Su Alteza no se hubiera confundido más, revelaba un gran talento de inventiva y una memoria de príncipe.

Pero no ha acabado la *soirée*; otras glorias académicas van á aparecer: ya el sordo ruido de los coches que ruedan y el crujido de las portezuelas que se cierran, dan á entender que todavía Monseñor podrá tomar el desquite.

Entretanto Su Alteza, con voz lenta, mojada, y buscando las palabras, la mitad de las cuales le pasan por la nariz y allí se extravían, discute un punto de historia con Astier-Rehu, sobre la carta de Catalina II. Hace un buen rato que las palanganas para las manos han dado la vuelta á la mesa: no se come ya, ni se bebe, ni tampoco se respira, por miedo de interrumpir la conferencia. Todo el mundo está hipnotizado, atento, y por un curioso fenómeno de sugestión, pendiente de los labios imperiales. De pronto, el augusto ruido nasal se acaba, y Leonardo Astier, que sólo discute por el buen parecer, para señalar el triunfo de su adversario, baja los brazos como si fuesen armas rotas, y dice con aire de convicción:

—Monseñor, me declaro vencido.

El encanto está roto; la comida ha acabado; todo el mundo se levanta con ligeros murmullos de admiración, las puertas se abren; la Du-